

Comunicado final

Antonio Gala decía que la vida, más que extensa, tiene que ser intensa. Hoy, mi querida Sevilla, ciudad de poetas, santos y soñadores, nos lo recuerda, acogiéndonos para cerrar este fin de semana tan intenso. Y lo ha hecho en un lugar especial, la Facultad de Teología de San Isidoro, que nos habla al oído y nos susurra que la sabiduría es una gracia transformadora.

Esta segunda edición de EncuentroSevilla ha mantenido viva una pregunta que no se mide con el pulso de la razón humana, sino con la profundidad del corazón: ¿Cuál es la razón de nuestra esperanza?

Pero creo que todos nos hemos dado cuenta de que vivir de la esperanza no es fácil. Exige ser testigos en un mundo que, a veces, parece que no la necesita.

Entonces, si vivir de la esperanza nos desborda, ¿de qué vale todo esto? ¿por qué hacer este Encuentro?

Si me permitís, os cuento algo que me ha pasado estos días.

Recuerdo que, al principio, me sentí como Marta: preocupado, absorbido por la organización, los detalles, el flujo de las tareas. Pero, durante estos días, algo ha cambiado en mí. Y, ahora, veo y vivo como María, comprendiendo que la razón de EncuentroSevilla, la razón de este gesto, no es otra que la presencia de algo mucho mayor que nosotros.

Hablo de un acontecimiento que solo es posible cuando uno pone en juego la humanidad que lleva dentro. Un acontecimiento que habla de un pueblo, el cristiano, el de la Iglesia, que trasciende las páginas de la historia y se hace presente, aquí y ahora, en cada uno de nuestros rostros.

Es un hecho que se vive, que se experimenta en lo cotidiano, en lo que parece más sencillo, en lo más pequeño y humano; en la sonrisa de un voluntario, en el gesto silencioso de quien se acerca a servir, en el sacrificio de quienes han superado sus dudas para estar aquí.

Han sido unos días que nos han regalado la oportunidad de vivir lo que, en el fondo, todos anhelamos: la verdadera esperanza, aquella que existe en cada testimonio, algo que no se toca, pero que se siente. Algo que cambia el curso de nuestras vidas.

Nos lo enseñó Luigi Giussani: vivir el cristianismo es vivir un acontecimiento repleto de esperanza. Una esperanza como la de Takasi Nagai o la de Antonia y Carlo Acutis, que nos han enseñado a vivir mejor mientras esperamos para llegar al Gólgota y ver la luz de Cristo, a pesar del dolor y el sufrimiento.

O también una esperanza que se mostraba en la mirada de Silvio Cattarina, Erika y José, quienes nos han invitado a abrir las puertas de nuestras vidas a los demás, a reconocer el potencial escondido del que se encuentra perdido, y a que el sufrimiento, cuando nace del amor, no nos destruye, sino que nos transforma porque existe algo bello que tiene el poder de curarnos la herida.

Esa misma esperanza con la que Lucía Garijo nos asombró en su documental, la que nos atravesó el corazón, la que nos sumergió en un mar de dudas, para, después, impulsarnos hacia la mano salvadora que fue herida por la cruz.

La esperanza de Monseñor Saiz Meneses, recordándonos aquella cita de Gandalf, cuando, en “El Señor de los Anillos”, aseguraba a Pipin que la muerte es solo otro camino, uno que todos habremos de recorrer, porque estamos hechos para la eternidad.

También, la esperanza de los jóvenes universitarios que nos enseñaron que la belleza de las matemáticas, la medicina, o la física, no hace estar abiertos a la luz del Misterio.

O la esperanza de que se vislumbraba en los cantos y la música que ayer por la noche José Cabello y sus amigos nos regalaron.

O la esperanza del que mendiga como hicieron Mati y Tito para reconocer su unión, su sí, de la mano de su Señor.

O la esperanza de Irene que, tras despedirse de Mikel, reconoció la Fe para poder vivir el futuro.

O la esperanza de Monseñor Valdivia y Wael Farouq al recordarnos que la fe no es el final, sino el punto de partida para el dialogo en el mundo, un abrazo que construye nuestra identidad y nuestra libertad como hombres.

II Edición de EncuentroSevilla

22, 23 Y 24 de noviembre

Facultad de Teología San Isidoro de Sevilla

También la esperanza de Monseñor Ayuso, presidente del Dicasterio para el Diálogo Interreligioso que, en su carta, nos interpelaba para cobrar conciencia de que las religiones no deben encerrarse en sí mismas, sino a recorrer el camino de la fraternidad humana.

Y, por último, la esperanza del Papa, que también nos escribió una carta y, como Pedro, ha servido como soporte privilegiado para que este EncuentroSevilla fuera posible. Una llamada que nos convoca en 2025 a vivir intensamente el año Jubilar como “Peregrinos de la Esperanza”.

Por eso os decía al principio que lo vivido aquí es un acontecimiento que mantiene encendida una llama que ya se nos reveló, que ya se nos hizo carne, esa que no se ha extinguido nunca.

Pero, entonces, ante todo lo vivido aquí, cabe preguntarnos ¿y ahora qué?

Este encuentro es un camino que continúa, que sigue más allá de estas paredes, más allá de este lugar. Porque el Cristo que buscamos no se limita a un momento nostálgico. Él está presente, es el principio de todo lo que somos, y nos llama a ser testigos de esa esperanza.

En estos días, he recordado algo que Jesús nos decía: “No tengas miedo”. Es la frase más repetida de la Biblia, y es el mensaje central de Cristo. No tener miedo es la raíz de la esperanza, porque quien no teme, sabe esperar.

Si hoy alzamos la mirada y nos dirigimos al futuro sabiendo que la esperanza nunca nos abandonará, aunque el mundo nos grite lo contrario, reconoceremos en los ojos del que tenemos al lado la presencia de un amor que no huye, que no se cansa, que no se agota.

Hoy hemos dicho Sí.

Sí, Señor, queremos ser testigos de Tu amor.

Queremos dar razón de nuestra esperanza, porque sabemos que Tú nos acompañas en esta aventura sin final, hasta el final.

Muchas gracias.